da tienen de complicadas ni de raras, más que hondura pensante o intensidad emotiva se me antoja que evidencian todo lo contrario precisamente. Cuando la idea robusta martillea el cerebro o la emoción intensa embarga el alma del poeta, ambas brotan con naturalidad y sin rebuscamientos formales. Sólo cuando el contenido carece de substantividad y de potencia creadora se disfraza con tales galas exteriores.

Dicho sea en descargo de la autora, toda esto se da en muy moderadas dosis en *Tiempo de angustia*. Mas la tendencia es evidente en muchos de sus poemas —los menos valiosos precisamente— y corremos el peligro de que se nos malogre un gran poeta si la autora no expurga a tiempo su huerto de esta espuria vegetación que tan nociva ha resultado para muchos poetas de nuestra lengua.

MANUEL PEDRO GONZÁLEZ,
University of California at Los Angeles.

Liriolay (Poema de la montaña), CARLOS B. QUIROGA.—Buenos Aires, Porter Hnos., 1939. vii, 123 pp.

Dentro de la centenaria tradición paisajista que avalora la producción literaria argentina, Carlos B. Quiroga representa una de las figuras de mayor relieve. Catamarqueño de nacimiento, el autor ha consagrado ya varios libros a pintar el ambiente, el folklore y las costumbres de aquella región andina y sus descripciones del imponente paisaje cordillerano cuentan entre las páginas más auténticamente antológicas de aquella literatura. Su obra, pues, entronca con —y continúa— esa magnífica corriente que se anuncia ya con el primer poeta argentino digno de mención —Manuel José de Labardén y su "Oda al Paraná"— y se prolonga hasta nuestros días a través de todas las obras fundamentales de aquella literatura. Esta propensión paisajista es uno de los aspectos más interesantes y valiosos de la producción rioplatense.

Aunque insuficientemente conocido todavía fuera de la Argentina, Carlos B. Quiroga lleva realizada ya una labor de raro mérito artístico. Su obra es una de las más densas y proteicas que encontramos en la Argentina actual. Ha cultivado la novela, la poesía, la crítica literaria, la parábola y el aforismo filosóficos, las investigaciones folklóricas, etc., y en cada uno de estos campos ha dejado huella. Quiroga es escritor regional — y

esto no implica imitación ni ausencia de aliento universal, que todos los caminos llevan a la Roma del espíritu. (Recuérdese que Valera, Pereda, la Pardo Bazán, Valle-Inclán, Blasco Ibáñez y tantos otros novelistas españoles de talla, son esencialmente regionalistas).

La obra de Carlos B. Quiroga está casi toda ella ubicada en la región andina, es decir, en el rincón noroéstico de la Argentina en Catamarca. El autor ama con pasión los alcores nativos y a revelar su tradición y su belleza, su paisaje y su folklore, ha consagrado casi la totalidad de su producción. Y porque los ama y los conoce profundamente ha podido penetrar en el espíritu de la comarca y a través de él nos ha dado una obra de intenso sentido humano local y universal a la vez. La raíz terrígena, el aliento telúrico que vigorizan y penetran la obra de este autor, la redimen de toda posible limitación localista y convierten algunos de sus libros, como *La raza sufrida* y *Cerro nativo*, en expresiones de alta calidad trascendente y humana. Como pocos novelistas de América en la hora actual, Quiroga ha probado que el tema local y la aspiración a la universalidad no tienen nada de contradictorio ni se excluyen, antes pueden maridarse sin detrimento ni menoscabo para ninguno de los dos. Lo que necesita el escritor regional es capacidad creadora y agudeza de observación, pues la levadura humana es la misma en todas partes y tan limitada y mediocre puede ser una obra ubicada en Londres, Nueva York o París como una que tuviese por escenario los pagos más remotos de la Patagonia o de las selvas amazónicas. Buena prueba de ello son *La vorágine*, *Don Segundo Sombra*, *Doña Bárbara*, *Cantaclaro* y *Canaima*. Todo el *quid* consiste en la aptitud del autor, que no en el tema ni en el medio. Nuestros temas y nuestro medio primitivos y selváticos, son tan propicios a la obra de significación universal como los que Europa podría ofrecer. Lo único que necesitamos es al autor genial que sepa captarlos. (Sin proponérmelo ni desearlo, he glosado las ideas que el propio Quiroga desarrolla en las "Palabras prologales" de *Liriolay*. A ellas remito al lector).

Liriolay, como ya el subtítulo sugiere, es una fantasía poemática, sin realidad ni consistencia social o humana. Es eso: un canto —diríase que amoroso— escrito en prosa ricamente poética, en el que se ensalzan la tradición, la leyenda y las costumbres patriarcales de la Argentina ya ida. Corren a través de esta fantasía una rica vena lírica y una intención simbólica glorificadora de las tradiciones y leyendas patrias. (Este patriotismo optimista y pujante es otra de las características más señaladas de la literatura argentina). Ninguno de los personajes que por estas páginas vemos cruzar tiene levadura humana ni están concebidos como reali-

dades psicológicas concretas. Son especie de símbolos, sombras de un pasado ya desaparecido, los cuales resucita el autor en función de mito o de personificación de leyendas y costumbres muertas en la realidad social de la Argentina actual, pero vigorosas todavía y saturadas de gérmenes creadores para la imaginación del artista.

El "poema" está integrado por seis "cuadros" descriptivos en los que Quiroga hace un verdadero derroche de sus aptitudes de escritor plástico. Titúlense "La mañana", "La tarde", "El fogón", "La noche", "El trabajo" y "La visión". Algunas de estas "acuarelas", como las rotuladas "La tarde" y "El fogón", por ejemplo, tienen un marcado sabor arcaico y por la rudeza y el primitivismo de las costumbres que en ellos pinta, así como por la técnica estilística que el autor emplea, revelan una intencionada tonalidad bíblica. Cada uno de estos cuadros no es más que una visión retrospectiva y poetizada de la vida pampeana del siglo pasado. La vida y costumbres gauchescas están aquí vistas a través de la imaginación poética del autor y dotadas de la prestancia artística que tienen algunas escenas costumbristas de la vida patriarcal en la Biblia. La pampa y su economía pastoril, durante los siglos XVIII y XIX, fueron como la matriz de la Argentina moderna. De aquí el aliento genésico que tienen las obras principales de tipo gauchesco, desde el *Facundo* hasta *Don Segundo Sombra*. Algo de este aliento ha transmigrado a la prosa poemática de Liriolay, sin alcanzar las proporciones creadoras de aquellas obras maestras.

En las últimas cuarenta y dos páginas del libro, el autor recoge una serie de estudios críticos sobre su obra. Ya en otros tres libros anteriores —la tercera edición de *Cerro nativo*, *Insectos por el viento* y la edición de Ercilla de *La raza sufrida*— el autor había añadido otros juicios a su obra consagrados. Esto podría interpretarse como vanidoso prurito; por mi parte lo reputo como un hábito digno de encomio que hemos de agradecerle. En esta América nuestra, tan desparramada, y culturalmente tan embrionaria y aislada, en la que tan arduo resulta obtener información sobre la vida y la obra de sus escritores, ésta me parece una costumbre provechosísima que todos debieran emular. Así el lector distante puede, sin gran esfuerzo aprovecharse de estos estudios críticos que vienen a ser como un guía interpretativo de la obra o del autor que lee. Para el estudioso o el crítico, estos apéndices son igualmente valiosos, pues gracias a ellos obtiene una serie de datos informativos de difícil adquisición. Lejos, pues, de censurar, debemos agradecer estas recopilaciones.

MANUEL PEDRO GONZÁLEZ,
University of California at Los Angeles.